

El sutil encanto



*"¡Calma, McFly! Sólo es un sueño. Apenas un sueño muy real."
(Doctor Emmett Lathrop Brown en Volver al futuro).*

Juan y Aganetha son menonitas y usan Head & Shoulders. Pero estoy a 15 días de saberlo. A 15 días de estar, en medio de la noche santiagueña, leyendo etiquetas de shampoo bajo la luz de una linterna, en un baño menonita. Este matrimonio no nos conoce, pero igual nos abre las puertas de su casa a Facundo —mi novio— y a mí, que nos acurrucamos en su comedor como dos perros abandonados.

Ahora —15 días antes de estar cenando en la casa de Juan y Aganetha— tengo los pies fríos, pero los resultados de mi búsqueda en Google me dan un golpe de calor de esos que genera el cuerpo cuando se entusiasma. Es que además de la colonia menonita de La Pampa, Google dice que en Argentina existen dos colonias más en Santiago del Estero. Una en el suroeste, en un lugar llamado La Verde, y otra que vino de Durango, México, y se instaló en Pampa de los Guanacos.

Busco los kilómetros que hay desde Córdoba a Santiago: 435 contra 618 que hay hasta La Pampa. La diferencia no es mucha, pero sí suficiente para continuar entusiasmada. Además, según la página web de Jorge Biondini, mi contacto caído de Internet y autoproclamado fan número uno de

los menonitas, concretar la travesía es muy fácil: sólo basta con tomar un ómnibus hasta La Banda y luego llamar a Gerardo —el taxista que traslada a los menonitas en su combi desde la Colonia a la ciudad y viceversa— para que haga lo propio con nosotros.

"Siga mis instrucciones y tendrá éxito en su misión. Podrá verlos y, en el mejor de los casos, estar con ellos": al responder mi mail, Biondini suena contundente, directo, preciso. Sabe de lo que ha-

Su anacrónico éxodo, su carácter trashumante, su lucha contra diferentes gobiernos que intentan imponerle sus deberes. Su capacidad de armar y desarmar todo cuantas veces sea necesario en pos de sus ideales.

bla y se esfuerza en demostrarlo. Sólo que al hacerlo termina pareciendo el coordinador de un tour por África donde lo que se puede ver son jirafas o elefantes. Entonces, nuestra comunicación se termina convirtiendo en una parodia de turismo místico, en la organización de un safari antropológico que —más allá de sus ribetes cómicos— avanza a paso serio.

Finalmente, Biondini me da algunos nombres claves para que anote si quiero tener "éxito": Cornelius Friezen, Pedro Friezen, Juan Lowen... y así. Son nombres alemanes y pertenecen a los jefes de la colonia de La Verde, ubicada sobre 14 mil hectáreas y habitada por 70 familias —algo así como 500 personas— que llegaron en el 2004 desde La Pampa. Tomo un pedazo de papel y anoto los apellidos con la esperanza de que me ayuden a ingresar a este universo paralelo perdido

en el medio de la llanura santiagueña.

Me atrae la idea de este pueblo que, impulsado por un instinto de supervivencia espiritual, lleva más de cuatro siglos cruzando continentes, mares, montañas y desiertos. Su anacrónico

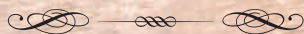
éxodo, su carácter trashumante, su lucha contra diferentes gobiernos que intentaron —e intentan— imponerle sus deberes. Su capacidad de armar y desarmar todo cuantas veces sea necesario en pos de sus ideales. Su profundo miedo a los males que arrastra la modernidad. Su temor al Apocalipsis destruyéndolo todo. Mis ganas y este pedazo de papel en el bolsillo son las únicas armas para intentar

de los sin tiempo

POR CONSUELO CABRAL (TEXTO Y FOTOS). Crónica con pormenores de la visita a una colonia menonita enclavada en las profundidades del territorio santiaguense. Un fin de semana con quienes ruedan por el mundo hace más de 400 años buscando conservar una forma de vida medieval basada en su propia interpretación de la Biblia.



vivir dos días en una de las colonias menonitas más conservadoras del mundo.



Es sábado a la mañana cuando, después de viajar seis horas, llegamos a Santiago del Estero. Estamos cansados y con los ojos todavía acostumbrados a la oscuridad cuando somos encandilados por un elefante blanco y resplandeciente: la nueva terminal. Las escaleras mecánicas,

las pantallas gigantes transmitiendo fútbol y los livings con computadoras contrastan con las vestimentas humildes y las bolsas cargadas de mercadería de quienes allí esperan.

El papel con los nombres de los jefes menonitas y de Gerardo, su taxista oficial, aún está en mi bolsillo. Cuando lo llamo, Gerardo, semidormido, me dice que busquemos otra forma de llegar:

—*“Es que los fines de semana no voy hasta la colonia. Y hacer el viaje solamente por dos, no me rinde.”*

Revisamos nuestros bolsillos de nuevo, pero esta vez en busca de dinero. Después de la charla con Gerardo, los 60 pesos que pensamos gastar

se han convertido en 400, tarifa oficial que cobra el resto de los taxistas. Lo terrible comienza a acontecer. Eso, y no otra cosa, es el Apocalipsis.

Volvemos a la estación intergaláctica en busca de algún ómnibus que llegue cerca de La Verde. Recorremos cada una de las boleterías y nada. Hasta que de repente un hombre se nos acerca para avisarnos que acaba de salir un ómnibus hacia allá, que nos demos una vuelta por la plataforma siete a ver si todavía está. Y qué oportunas son algunas demoras: el ómnibus aún permanece allí. Inmediatamente subimos y compramos dos boletos a La Verde. El chofer nos pregunta si estamos seguros de a dónde vamos porque ahí no hay nada. Le decimos que sí, que hay una colonia menonita que pensamos visitar.



—¡Por eso, no hay nada! —dice, desparramando una carcajada de vocales cerradas. Y agrega:

—¡Escuchá Ricardo! Estos dos van a lo de los menonitas.

Su compañero de manejo, sin quitar la mirada del camino ni bajar los pies del tablero, cumple en informarnos un detalle no menor:

—Miren que allí se bajan y allí se quedan, ¿eh? El próximo coche pasa recién el lunes a las cuatro de la mañana.

Las cosas se están complicando. Estamos librados a una ruta fantasma y sus azares. ¿Dónde dormiremos? Ni siquiera tenemos comida o agua y no hay almacenes. Lo que parecía ser una aventura antropológica se está convirtiendo en una especie de deporte extremo. Por eso decidimos hacer lo mejor que se puede hacer en estos casos: no pensar en nada y avanzar.

Llegamos un sábado a la noche a dormir, pared de por medio, con Juan y Aganetha, nuestros rescatistas menonitas que lavan su pelo con Head & Shoulders, toman Coca Cola, usan Chúcar y juegan al Sudoku.



Los 140 kilómetros que separan Santiago de La Verde son extremadamente marrones. La tierra pareciera meterse en las casas, en los animales, en las personas, en el cielo. De vez en cuando aparece alguna manada de cactus. Los hay de diferentes tipos. Están al costado de esta ruta desierta como mirando a la nada, aburridos de vivir. El paisaje se repite una y otra vez como un *deja vú*. El ómnibus avanza de una forma espesa. Y el tiempo pareciera ir retrocediendo a la fuerza. Como si estuviéramos atravesando 400 años en 140 kilómetros. De repente soy Marty McFly en *Volver al futuro*, pero al revés y en un Delorian con forma de ómnibus que marcha pesada y lentamente. Pienso que acaso todo esto sea un sueño y ni nosotros, ni los menonitas existamos.

A las dos horas llegamos a La Verde. El ómnibus frena en la banquina provocando un polvaredal. Los choferes nos despiden y otra vez se ríen de nosotros. Un cartel de madera pintado de blanco dice en letras negras Colonia Nueva Esperanza. Acá estamos. Con nuestras mochilas y el papel con los nombres de los jefes menonitas en el bolsillo. Delante nuestro hay un camino de tierra, ancho, muy ancho, que se pierde en el horizonte.

Son aproximadamente las tres de la tarde del sábado cuando, tras avanzar unos pocos kilómetros, vemos una tranquera blanca abierta. Estacionado cerca de la casa principal hay uno de los famosos *boogies*, los carros negros tirados por caballos y armados artesanalmente por los menonitas.

Seguimos avanzando un poco más y vemos también una niña rubia de unos tres años que juega con un perro. Detrás del *boogie* hay un hombre joven con un balde negro y un trapo en sus manos. Nos aproximamos despacio, sabién-



donos invasores de una privacidad que excede toda religión, cultura o etnia. El hombre parado junto al *boogie* tiene un jardinero azul de jean y camisa escocesa. La niña, un par de botas de goma negras puestas en los pies equivocados. La imagen es graciosa y es lo primero que me sale decirle a este hombre menonita tras saludarlo. La sonrisa tímida de él y su niña se suman a las nuestras. Después saco mi papel del bolsillo y pronuncio el listado con los nombres que Biondini me dio. Nuestro primer contacto se ríe y, en un español teñido de musicalidad pampeana y alemana, dice que podemos encontrar decenas de menonitas con esos nombres. Que se repiten, de punta a punta del continente. Que, de hecho, el se llama Juan Lowen, pero que no es el que buscamos.

—El Juan Lowen jefe vive en el campo uno y éste es el nueve. Yo llegué desde La Pampa hace un año con mi mujer y mis dos hijas. Todavía no tengo ni casa propia. Ésta que ven aquí es la de mis suegros.

Dice la palabra suegros haciendo una mueca que delata la universalidad de algunos estereotipos familiares. A Juan no le gusta Santiago del Estero ni vivir con sus suegros, pero en la colonia de La Pampa ya no había tierras para trabajar y el que no trabaja no puede tener hijos y si no tenés hijos no cumplís con

el mandato de Dios. Pienso que quizá no sean tantas las diferencias con nosotros. Miro a las niñas, a las jóvenes, a las mujeres grandes... La alegría explosiva de las más chicas se convierte en rictus de amabilidad en las más grandes. Hay un degradé en las libertades para jugar, bailar y divertirse.

—No tenemos permitido divertirnos. Al menos no como lo hacen ustedes. Aquí puedes disfrutar trabajando o, si tienes novia, visitarla los jueves y domingos de ocho a diez de la noche. También ir a misa y reunirte con la familia y los amigos durante el domingo.

La casa de los suegros de Juan no tiene electricidad porque la Biblia lo prohíbe, pero su cuñada guarda oculta una cámara digital que consiguió en una visita a la ciudad.

Juan se seca las manos tras terminar de lavar el *boogie* y nos indica cómo llegar al campo de los jefes. Son siete kilómetros más por tierra. Se dis-

Le pregunto por qué las mujeres tienen prohibido cortarse el pelo. Responde que porque así lo dice la Biblia. El pelo de Aganetha tiene el largo de su vida. En las puntas está su infancia y en las raíces su vejez.

culpa por no poder hospedarnos en su casa. Dice —haciendo la mueca nuevamente— que su suegra no estaría contenta.

Llegamos al campo uno ya cayendo la tarde. El cielo está rosado y contrasta con las casas pintadas de blanco con ventanas verdes. Cada casa tiene una huerta, un silo y algunas vacas.

Así que ésta es la forma de vida con la que se

fanatizó Biondini, mi contacto caído de la web. Si estuviera acá seguramente sonreiría triunfal, orgulloso de haberme dado las indicaciones correctas. Yo, sólo para comprobar mis sospechas, le seguiría el juego del tour antropológico diciéndole que hay menonitas por todos lados. Sí, sí. Como jirafas o elefantes en África, Jorge.

Tras hablar con los primeros habitantes del campo uno, llegamos a la conclusión de que Biondini efectivamente no es bienvenido en este lugar. Dicen que los asesoró mal en la compra del campo

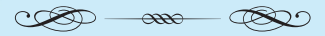
y que les hizo comprar 14 mil hectáreas sin una gota de agua. Decidimos no nombrar más a nuestro fanático menonita, al menos hasta conseguir algún lugar donde pasar la noche.

Así vamos rebotando de casa en casa como dos forasteros polvorientos hasta dar con uno de los jefes, Pedro Friezen, de casa grande y corazón chico, que... también nos rechaza, derivándonos a lo de su vecino que "siempre viaja a Córdoba porque tiene la mujer enferma". El vecino resulta ser un hombre de 65 años que nos explica amablemente que su mujer, Aganetha, tiene dificultad para mover los brazos. Le pedimos disculpas por molestarlo y volvemos a lo de Pedro





ojos es en la contradicción de esos relojes marcando el paso de un tiempo que hace más de cuatro siglos los menonitas intentan detener.



Los gallos y los relojes gritan al unísono. Me despierto y miro por la ventana. Todavía es de noche. Los ronquidos de Juan o de Aganetha —cómo saberlo— me mantienen a la espera. De repente se hace un silencio profundo y escucho la voz de Aganetha rezar.

Me visto sin hacer ruido y voy hacia el comedor. Ahí está ella, parada en la cocina, con cuerpo de abuela y una latente picardía en la mirada que delata la costumbre de portarse mal cuando su marido no está. La misa de las siete y media, hacia donde acaba de partir Juan, es la excusa perfecta para que Aganetha pose para mis fotos y juegue a pronunciar palabras en español.

De la ventanilla se asoma un joven con una cámara digital y comienza a disparar. Juan y Aganetha no se resisten: saben la curiosidad que provoca su vivir a contramano del mundo y sus velocidades.



Friezen decididos, ya no a compartir la intimidad menonita, sino a probar su misericordia cristiana. Pero somos inmediatamente deportados en un *boogie* hacia la puerta de Juan y Aganetha, donde caemos como peludos de regalo.

Así es como llegamos un sábado a la noche a dormir, pared de por medio, con Juan y Aganetha, nuestros rescatistas menonitas que lavan su pelo con Head and Shoulders, toman Coca Cola, usan Chúcar, juegan al Sudoku, están al tanto del precio del dólar, pero no usan electricidad, ni ninguno de sus derivados.

Aganetha nos prepara unas hamburguesas con carne molida picante y pan casero que devoramos con el hambre de un día entero sin comer. Mientras ella sonrío, Juan nos cuenta que ambos nacieron en México como 60 y pico de años atrás. Y que después de casarse y tener hijos empezaron a bajar por América hasta llegar a Santiago. Juan se toma con humor y resignación la situación.

Le gusta hablar con nosotros. Como en un trueque cultural, intercambiamos saberes y creencias durante más de una hora. Después nos levantamos y seguimos a Aganetha hasta la habitación de huéspedes que estuvo preparándonos.

Nuestra única luz es una linterna que ilumina lo suficiente como para distinguir una cama de dos plazas con respaldar de madera, cobertor grueso de algodón y una sola sábana, la de abajo, costumbre que adoptamos tras regresar a Córdoba. Si naturalmente es un tanto extraño estar en ropa interior en casas que no son la propia, imaginan la sensación de dormir en bombacha y calzoncillo en un hogar menonita. De todos modos, los dos nos quitamos nuestros pantalones lo más rápido posible y nos zambullimos en ese colchón de un solo salto.

Lo único que se escucha en la noche son los rezos de Juan y Aganetha acompañados por el ritmo de tres relojes antiguos que cuelgan de la pared. En lo último que pienso antes de cerrar los

Una vez que Juan regresa le pregunto por qué las mujeres tienen prohibido cortarse el pelo. Como tantas otras veces, responde que porque así lo dice la Biblia. El pelo de Aganetha tiene el largo de su vida. En las puntas está su infancia y en las raíces su vejez. Aganetha lleva, también, un pañuelo negro bordado con flores rojas y verdes. Lo lleva porque está casada, así como las mujeres solteras usan un pañuelo blanco y las niñas a veces nada. Continúo bajando por el cuerpo de Aganetha. Puedo leer su vida en él. Su espalda tiene la curvatura de aquellas espaldas que han armado y desarmado casas en lugares tan lejanos como México y Argentina. Y sus manos tienen las marcas de la tierra, el sol y el agua; elementos suficientes para hacer brotar la huerta familiar. Su brazo izquierdo está hinchado. Juan la mira de reojo, con un disimulo que entenece, y nos cuenta que el cáncer ya casi está curado. La hinchazón parece doler, pero Aganetha se las rebusca para continuar haciendo las tareas de la casa y arrojar las cucharas de té sobre la mesa con la fuerza de un hombre. Después sonrío. Siempre sonrío. Esta feliz a pesar de todo. Como si vivir fuera eso, ser feliz a pesar de todo.

—No sabíamos qué hacer. Nos dijeron que en Córdoba había buenos médicos. Vivimos cuatro meses a media cuadra de La Cañada, caminan-

pueda detener su voracidad. Ni siquiera la de vivir como hace casi 500 años. Una maldita lección de igualdad que Juan no puede explicar ni siquiera leyendo y releendo la Biblia mil veces.



do entre gente que nos miraba asombrada como si fuéramos extraterrestres.

Lo observo detenidamente. Puede que el jardenero azul de jean, la camisa escocesa, la gorra y las botas de goma sean acaso lo que más llama la atención en él a primera vista. Los domingos, en cambio, Juan se viste de negro, con un traje de paño y zapatos de cuero, busca su caballo Franky –un percherón pampeano que llegó hasta Santiago galopando–, lo ata al *boogie* y atraviesa los 15 kilómetros que separan su casa de la iglesia. Cuando el brazo de Aganetha se lo permite, ella lo acompaña sentada a su lado.

Durante los cuatro meses que vivieron en Córdoba tuvieron que usar electricidad, ir al supermercado, escuchar música de los vecinos, ver cuerpos semidesnudos y enfrentarse con el peor mal de todos los tiempos según sus creencias: la televisión. Es que no es el hecho de la electricidad lo que los asusta. Es

lo que viaja a través de ella, por esos cables que, como serpientes, meten en las cabezas de las personas la imagen y todo lo que ella conlleva. Juan dice que vivir alejados de la tecnología “no es un capricho, sino que tiene un sentido casi de supervivencia”. Sentada en una silla de madera que heredó de su abuelo, Aganetha cierra los ojos, respira hondo y levanta los brazos como queriendo volar. Pero Aganetha no está volando. Está luchando. Está echando de su cuerpo, y a brazada limpia, los últimos resquicios de un mal que no elige a sus presas de acuerdo a la religión. También está claro que no hay barrera cultural que

Es domingo y Aganetha está sentada en el comedor leyendo una antigua Biblia en alemán bajo. A su lado hay otro ejemplar pero en español. Me lo ofrece y lo recibo. Lo abro en el Apocalipsis. Le digo, a pesar de no entendernos, que esa parte de la Biblia siempre me ha resultado interesante. Sonríe de nuevo. Le gusta que me guste el Apocalipsis. Me señala el capítulo 17, donde se anuncia la destrucción de Babilonia, la ciudad que encarna todos los males, la televisión, la imagen, la bestia. Es un momento extraño y apacible, de profundo respeto hacia aquellas creencias en las que no creo pero tampoco descreo.

Juan y Facundo están afuera preparando a Franky, que nos llevará hasta la ruta, donde si tenemos

suerte, pasará algún auto rumbo a Santiago. El cielo comienza nuevamente a transformarse en un mar rosado. Trepamos al *boogie* los cuatro y avanzamos por el camino de tierra. De pronto, una camioneta en busca de quesos menonitas se detiene junto a nosotros. De la ventanilla de atrás se asoma un joven con una cámara digital y comienza a disparar. Juan y Aganetha no se resisten: saben la curiosidad que provoca su vivir a contramano del mundo y sus velocidades; y saben que necesitamos de esa chata para regresar a Córdoba.

–Han tenido suerte –nos dice Juan.

Y como en un acuerdo tácito, olvidamos las distancias físicas y culturales y nos damos dos abrazos. Después saltamos a la chata y comenzamos a alejarnos.

Es hora de volver en el tiempo. ¿O seremos nosotros los atrapados en este instante efímero que es la modernidad? ¿Serán ellos los dueños de los minutos pasando en los relojes? ¿Quiénes serán, entonces, los sin tiempo? 🕒



IDENTIKIT DEL MENONISMO

Rama del cristianismo protestante, los menonitas surgieron en Holanda en 1546 de la mano del sacerdote Menno Simmons, quien además de inspirar su nombre asentó las bases filosóficas en una interpretación propia y libre del Nuevo Testamento. Perseguidos por defender la separación entre Iglesia y Estado, el anabaptismo –doctrina del siglo XVI que rechaza el bautismo infantil–, la objeción de conciencia durante las guerras y un modo de vida aislado del resto de la sociedad, los menonitas se vieron obligados a iniciar una diáspora que ya lleva más de cuatro siglos esparciéndolos por diferentes continentes.

Se comunican en plautdietsch, grupo de dialectos relacionados con el bajo alemán, aunque los hombres también aprenden el idioma del país donde se asientan. Su economía es capitalista, pero la vida

en comunidad hace que la cooperación y la asistencia mutua sea una constante. Respecto a la educación, tienen sus propias escuelas y métodos de enseñanza; por lo cual, suelen migrar cuando un estado intenta institucionalizar a sus niños y niñas. Actualmente son cerca de un millón y medio en todo el mundo; y sus comunidades más importantes se ubican en Rusia, India, Alemania, Indonesia, Canadá, Estados Unidos, México, Belice, Perú, Paraguay, Chile, Honduras, Bolivia y Argentina.

A nuestro país llegaron en dos tandas. La que se asentó en Guatraché, La Pampa, procedente desde Bolivia en 1987, y años más tarde tuvo una escisión hacia Santiago del Estero, donde también se asentó el grupo menos conservador, proveniente de México.